

NOTA: La evaluación consistirá tanto en preguntas sobre la teoría acerca de la literatura de lo insólito, como sobre el relato: "El miedo", para comprobar su lectura y análisis.

PROCEDIMIENTO:  
Estudia la nota preliminar sobre la literatura de lo insólito y el relato de Harpassart, así y el relato de "El miedo" para comprender el contenido de la unidad.

RECOMENDACIONES:  
Analiza con base en los objetivos de comentario completo sobre este relato, para presentar la evaluación y deberá ser exhaustiva, clara y objetiva.  
La autoevaluación será una breve exposición que se verá para comprobar la calidad de la lectura y análisis en esta unidad.

PRIMER DE TRABAJO:

1er día	Objetivo 1 y lectura del relato
2o día	Objetivos 2 y 3
3er día	Objetivos 4 y 5
4o día	Elaboración final y entrega del comentario, para la autoevaluación.

NOTA: La evaluación consistirá tanto en preguntas sobre la teoría acerca de la literatura de lo insólito, como sobre el relato: "El miedo", para comprobar su lectura y análisis.

" EL MIEDO "

GUY DE HARPASSART

NOTA: La evaluación consistió tanto en preguntas sobre la teoría acerca de la literatura de lo inédito, como sobre el relato: "El miedo", para comprobar su lectura y análisis.

" EL MIEDO. "

GUY DE MAUPASSANT

Después de comer, volvimos a subir al puente. En torno nuestro veíase el Mediterráneo, sin que el más leve estremecimiento rizara su superficie, dando y relataba tranquilamente la espléndida luna llena. Describábase el verde buque, lanzado por una gruesa serpiente de negro humo al cielo, tachonado de estrellas. Y detrás de nosotros, el agua blanca, completamente agitada por el rápido paso del pesado vapor, espumaba al ser azotada por la hélice. Parecía retorcerse y despedía tanta claridad que hubiérase dicho que eran hervores de la luz de la luna.

Silenciosas estábamos allí seis u ocho personas. Admiradas. Con la vista fija a lo lejos, en el África, adonde nos dirigíamos. El comandante, que fumaba un cigarro en medio de nosotros, cesó pronto la conversación que habíamos sostenido durante la comida.

#### " EL MIEDO. "

—Aquel día tuve miedo. El barco estuvo seis horas encallado en la roca y azotado por el mar. Finalmente, al amanecer fuimos recogidos por un buque carbonero inglés que nos salvó.

Entonces un momento de nuestros ojos se fijó en uno de esos hombres que se comprende hayan atravesado los países desconocidos entre peligros incansables, y cuyos ojos serenos parecen conservar en lo más profundo de ellos algo de los extraños paisajes que han visto; uno de esos hombres en quienes adivínase que son todo valentía, habló por primera vez, y dijo:

—Diga usted, mi capitán, que ha tenido miedo; no lo creo. Se equivoca usted acerca de la palabra y de la sensación que tuvo. Un hombre enérgico nunca tiene miedo en el peligro inminente. Está conmovido, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El capitán replicó, riéndose:

—¡Capitán! Le respondo a usted de que yo he tenido miedo. Entonces, el hombre de tez bronceada pronunció con voz lenta estas frases:

Después de comer, volvimos a subir al puente. En torno nuestro veíase el Mediterráneo, sin que el más leve estremecimiento rizara su superficie, donde rielaba tranquilamente la espléndida luna llena. Deslizábase el gran buque, lanzando una gruesa serpiente de negro humo al cielo, tachonado de estrellas. Y detrás de nosotros, el agua blanca, completamente agitada por el rápido paso del pesado vapor, espumareaba al ser azotada por la hélice. Parecía retorcerse y despedía tanta claridad que hubiérase dicho que eran hervores de la luz de la luna.

Silenciosas estábamos allí seis u ocho personas. Admiradas. Con la vista fija a lo lejos, en el Africa, adonde nos dirigíamos. El comandante, que fumaba un cigarro en medio de nosotros, reanudó de pronto la conversación que habíamos sostenido durante la comida.

—Aquel día tuve miedo. Mi barco estuvo seis horas encallado en la roca y azotado por el mar. Felizmente, al atardecer fuimos recogidos por un buque carbonero inglés que nos vió.

Entonces un mocetón de rostro atezado y serio aspecto; uno de esos hombres que se comprende hayan atravesado inmensos países desconocidos entre peligros incesantes, y cuyos ojos serenos parecen conservar en lo más profundo de ellos algo de los extraños paisajes que han visto; uno de esos hombres en quienes adivínase que son todo valentía, habló por primera vez, y dijo:

—Dice usted, mi capitán, que ha tenido miedo; no lo creo. Se equivoca usted acerca de la palabra y de la sensación que tuvo. Un hombre enérgico nunca tiene miedo en el peligro inminente. Está conmovido, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El capitán replicó, riéndose:

—¡Cáspita! Le respondo a usted de que yo he tenido miedo, ¡yo! Entonces, el hombre de tez bronceada pronunció con voz lenta estas frases:

—¡Permita usted que me explique! El miedo (y los hombres más atrevidos pueden tener miedo) es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un horrible espasmo del pensamiento y del corazón, a cuyo solo recuerdo siéntense escalofríos de angustia. Pero, cuando se es valiente, no se siente esto ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas del peligro. Esto sólo ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo influencias misteriosas, a la vista de vagos riesgos. El verdadero miedo es algo así como una reminiscencia de los terrores fantásticos de antaño. Un hombre que cree en los aparecidos y que se imagina ver un espectro por la noche, debe de experimentar el miedo con todos sus pavorosos horrores.

Yo he adivinado el miedo en pleno día, hace unos diez años. Y he vuelto a sentirlo el invierno último, una noche del mes de diciembre.

Y, sin embargo, he corrido muchos azares, muchas aventuras que parecían peligros mortales. Me he batido con frecuencia. He sido abandonado, dándome por muerto, por bandidos. He sido condenado, como insurrecto, a que me ahorcaran allá en América. Y me han arrojado al mar desde el puente de un buque en las costas de China. Cada vez que me tuve por perdido, asumí en seguida mi destino sin enternecerme ni pesarme.

Pero eso no es miedo.

Lo he sentido en Africa. Y, sin embargo, es hijo del Norte; el sol lo disipa como una niebla. Noten ustedes bien esto, señores. Entre los orientales no se tiene la vida en nada; resígnanse al momento; las noches son claras y están vacías de leyendas; también las almas carecen de esas sombrías inquietudes que acuden con frecuencia al cerebro en los países fríos. En Oriente puede conocerse el pánico, pero se ignora el miedo.

Pues bien. He aquí lo que me sucedió en aquellas tierras de Africa.

Atravesaba yo los grandes méganos al Sur de Uarglá, uno de los más extraños países del mundo. Ya conocen ustedes los arenales lisos y rectos de las interminables playas del océano.

Imagínense el océano mismo trocado en arena en medio de un huracán; imagínense una tempestad silenciosa con olas inmóviles de polvo amarillo. Esas olas son tan altas como montañas, desiguales, diferentes, que se alzan como ondas desencadenantes; pero aún más grandes que éstas, y con estrías como el moaré. Sobre aquella mar furiosa, muda y sin movimiento, vierte sus llamas implacables y directas el sol abrasador del mediodía. Hay que subir por aquel oleaje de cenizas de oro, y bajar, y volver a subir y subir sin cesar, sin descanso y sin sombra. Los caballos resuellan con hipo, se hunden hasta las rodillas y se escurren al descender por la opuesta ladera de los sorprendentes mogotes.

Ibamos dos amigos, seguidos por ocho spahis y cuatro camellos con sus camelleros. No hablábamos una palabra, abrumados por el calor y la fatiga, tan ávidos de agua como aquel ardoroso desierto. De pronto, uno de aquellos hombres dió una especie de grito; detuviéronse todos, y nosotros permanecimos inmóviles, suspensos ante un inexplicable fenómeno conocido por los viajeros en aquellas comarcas solitarias y remotas.

No sé dónde, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada, tocaba un tambor, el misterioso tambor de los arenales movedizos; tocaba con claridad, unas veces más vibrante, otras más débil, para volver de nuevo a su fantástico redoble.

Los árabes se miraban con espanto, y uno de ellos dijo en su idioma:

—"La muerte está sobre nosotros".

Y hete aquí que, de repente, mi compañero, mi amigo, mi casi hermano, se cae de cabeza del caballo, muerto de una insolación cual si le hubiese fulminado un rayo.

Durante dos horas, mientras en vano intentaba yo reanimarle, aquel intangible tambor no cesaba un segundo de aturdirme los oídos con su rumor monótono, intermitente, incomprendible. Sentía yo cómo me iba penetrando, hasta la médula de los huesos, el miedo, el verdadero miedo, el horroroso miedo, frente a aquel cadáver amado, en el hoyo abrasado por el sol, entre cuatro mogotes de arena, mientras que el eco desconocido nos lanzaba continuamente el rápido redoble del tambor a doscientas leguas de cualquier poblado francés.

Aquel día comprendí lo que era tener miedo. Todavía lo he sabido mejor en otra ocasión...

El capitán interrumpió al narrador.

—Dispense usted caballero. Y ¿qué era aquel tambor?

Respondió el viajero:

¡Yo qué sé! Nadie lo sabe. Los oficiales, sorprendidos con frecuencia por el extraño ruido, lo atribuyen, por lo general, al eco, aumentado, multiplicado, desmedidamente abultado por los altibajos méganos, de una rociada de granos de arena arrastrados por el viento y que chocan contra un matorral de hierba seca; porque siempre se ha observado que el fenómeno se produce en las inmediaciones de pequeñas matas agostadas por el sol y duras como pergamino.

Así, pues, el tal tambor no debe de ser más que una especie de espejismo del sonido. Ni más ni menos. Pero yo no lo supe hasta más tarde.

Llego a mi segunda emoción.

Era el invierno último, en un bosque del Nordeste de Francia. Tan oscuro estaba el cielo, que se hizo de noche dos horas antes de lo habitual. Llevaba yo por guía a un lugareño que iba junto a mí por un sendero bajo una bóveda de pinsapos, a los cuales hacía dar alaridos el viento huracanado. Por entre las copas veía yo correr las nubes, más bien nubarrones enloquecidos que parecían huir plenos de pánico.

A veces, una inmensa racha inclinaba todo el bosque en la misma dirección, con gemidos como de sufrimiento; y a pesar de mi paso rápido y de mi pesada ropa, íbame entrando frío.

Teníamos que cenar y acostarnos en casa de un guardamon-tes, la cual estaba ya cerca de nosotros. El objeto de mi ida allí era la caza.

De vez en cuando mi guía levantaba la vista y murmuraba.

—¡Qué tiempo tan triste!

Luego me habló de las personas a cuya casa nos encaminá-  
bamos. El padre había matado a un cazador furtivo dos años  
antes, y desde entonces tenía un humor tétrico, como si no ce-  
sara de atormentarle el recuerdo. Con él vivían sus dos hi-  
jos, ambos casados.

Las tinieblas eran profundas. Yo no veía ni gota, ni de-  
lante ni en torno mío; y todo el ramaje de los árboles, al en-  
trechocarse, llenaba la noche con un rumor incesante. Al fin  
percibí una luz, y bien pronto mi compañero dio golpes a la  
puerta. Agudos gritos de mujer nos respondieron. Luego, una  
voz de hombre, una voz ahogada, preguntó:

—¿Quién va?

Mi guía se dio a conocer, y entramos. Vi un cuadro inol-  
vidable.

Un viejo, de cabello blanco y ojos alocados, con el fu-  
sil cargado en la mano, nos esperaba de pie en medio de la co-  
cina; mientras guardaban la puerta dos fornidos mocetones, ar-  
mados con hachas. Distinguí en los rincones oscuros a dos mu-  
jeres, de rodillas, cara a la pared.

Nos explicamos. El viejo dejó su arma contra el muro y  
dió órdenes para que preparasen mi cuarto. Luego, al ver que  
las mujeres no se movían, me dijo bruscamente.